

LA CRISIS DE LA IGLESIA Y SUS RAZONES

Por Pablo Bonavía

La crisis por la que hoy atraviesa la Iglesia católica – para algunos sin precedentes desde la Reforma - no se debe al descubrimiento de abominables prácticas de perversión sexual. La pederastia, lamentablemente, existe y ha llevado al abuso de menores en los más diversos ámbitos de la sociedad, desde las familias hasta los internados. Lo distinto en este caso es que, por detrás de un extendido y persistente fenómeno de abuso sexual, se puso de manifiesto un sistemático encubrimiento por parte de autoridades eclesiásticas. Lo que llama la atención y escandaliza es que dicho crimen se concretó y extendió durante años debido a que fue ocultado por jerarcas que, ante las múltiples denuncias recibidas, antepusieron la protección de la institución eclesial a los derechos de las víctimas y a sus obligaciones como ciudadanos ante la sociedad civil.

Creo que la raíz de la crisis se encuentra en una cultura del poder absoluto que se ha travestido de potestad religiosa soberana y parasita el ejercicio evangélico de la autoridad eclesial como servicio. Una lógica del poder que se autojustifica como defensa de la Iglesia pero que, en realidad, no hace más que quitarle radicalmente credibilidad y desviarla del evangélico y contundente mandato de Cristo ‘entre ustedes no será así’ (Marcos 10,43). Una cultura del poder que se manifiesta en todos los niveles de la comunidad eclesial y se expresa en prácticas autoritarias que sitúan a algunas personas – sobre todo clérigos - por encima de la obligación de dar razón de sus prácticas a los afectados por ellas.

En esta crisis tres sectores aparecen como principales víctimas del abuso de poder: a) los niños y discapacitados, es decir, los más indefensos y vulnerables b) los laicos y laicas que integran como tales la comunidad eclesial, tratados como menores de edad, mantenidos al margen de la información y de la participación en las decisiones y c) la misma sociedad civil de la que forma parte la Iglesia y con la que las autoridades eclesiásticas tienen obligaciones idénticas a las del resto de los ciudadanos, en especial cuando se trata de delitos graves penados por la ley.

Hasta ahora esta cultura del poder absoluto solía tomar la forma de ‘ustedes son el problema, nosotros la solución’. Sobre todo en las relaciones de la iglesia con el resto de la sociedad. Confiamos en que luego de que Benedicto XVI ha proclamado claramente la obligación de denunciar estos delitos ante el derecho civil se procese un impostergable cambio de actitud en tal sentido. La verdadera actitud, en este tema y en cualquier otro, es más bien ‘todos somos parte del problema, todos somos parte de la solución’. Por eso no nos parece adecuado invertir los términos y aplicar este mismo principio a las autoridades de la Iglesia, como si el problema residiera exclusivamente en ellas. Si así fuera y todo dependiera de autoridades virtuosas y e iluminadas

volveríamos por otro camino al clericalismo que tanto criticamos y nos olvidaríamos de que la lógica del poder absoluto atraviesa a la Iglesia en todos sus niveles. Y reclama una conversión de todos.

De ahí que la salida de esta crisis no va a provenir exclusivamente de algunas autoridades que decreten por sí mismas el fin de cierta cultura del poder. Ella podrá nacer, más bien, de grupos y comunidades cristianas capaces de vivir el seguimiento de Jesús en solidaridad con los más indefensos, en un permanente diálogo con su entorno y en las que la autoridad se ejerza y comprenda al interior de una auténtica y corresponsable fraternidad. Desde allí – no sin complejidades y conflictos, no seamos ingenuos – podrá configurarse una nueva cultura del diálogo y la reciprocidad en la que se torne habitual el dar cuenta a los demás de los propios comportamientos. Poco a poco tendrán que venir, ciertamente, odres nuevos, es decir, otras estructuras organizativas y jurídicas que apunten a un nuevo derecho eclesial. Pero, como siempre, éstas sólo vendrán en la medida en que el vino nuevo del seguimiento de Jesús y del dinamismo de su Espíritu impulsen desde ahora y con nueva fuerza aquella cultura en el seno de nuestras comunidades. Y en esto todos somos responsables.

Montevideo, julio de 2010